

liza un buen negocio con su azacanada pluma. Sabe lo que la masa pide, y pues "lo paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto".

Lo que no es justo, y sí en extremo perjudicial para públicos todavía bisonños en la alta literatura como son los hispanoamericanos, es que las editoriales de nuestros países perviertan el criterio de lectores dignos de mejor suerte: la que deparaban otrora las prensas de Zig-Zag, cuando editaban por la vigésima parte del precio las obras maestras de la literatura contemporánea.

"PENA DE MUERTE", de *Enrique Lafourcade*. Imprenta  
Universitaria

He aquí un joven escritor que no sobrepasa los cinco lustros de edad y ya nos entrega una novela psicológica de notable categoría.

En la familia equívoca de *La Muerte en Venecia*, *El Inmoralista*, *Demián*, *La Pasión y Muerte del Cura Deusto*, *El Sacerdote y el Acólito* y otras obras de manifiesta temperatura homosexual, *Pena de muerte* se da traza para realzar con fineza poco conocida en literaturas embrionarias y primitivistas como suelen ser las hispanoamericanas un sentimiento que normalmente repugna al sentido común. Y es que en el fondo no constituye ni un ditirambo ni una apología de la inversión, sino más bien un retablo de claroscuros y matices donde la mayor importancia la tienen la inteligencia y el buen gusto.

Esa es la verdad. ¿Personaje central? Un esteta, un ser refinado, que posee sentido exacto del matiz y del castigo. Otrosí un atormentado por la vivencia de la muerte, por la angustia vital en que se hace consciente la tragedia cotidiana, normal de vivir, que es agonía y derrumbe.

Si Neruda actualizó la congoja temporal persistente en el individuo humano que sufre "luto de viudo furioso por cada día de vida", el protagonista de *Pena de muerte* padece con no menos ri-

gor, y lo pasa obsedido, colérico y delirante. Los dos muchachos que lo acompañan en el veraneo en un balneario próximo a Valparaíso discuten con el maestro problemas de creación y de estimativa. A veces lo consideran intolerable, y en más de un diálogo le enrostran egoísmo y envenenado afán; pero en el fondo lo respetan y lo quieren.

Lafourcade nos entrega descripciones y retratos de encomiable factura. Campean asimismo aguafuertes de artística intensidad, que prueban lo dúctil y flúido de su temperamento.

*Pena de muerte* revela a un escritor de ejecutoria exquisita.

“CREADORES CHILENOS DE PERSONAJES NOVELESCOS”, de Raúl Silva Castro. Ediciones de la Biblioteca de Alta Cultura

Como siempre, nuestro autor revela maciza salud para recopilar datos, instituir fichas y arrimar ajenas opiniones sobre los escritores que enjuicia; y como siempre, también, no acusa gran sentido crítico para valorar y establecer las correspondientes jerarquías.

Hay en este libro una fauna extraordinaria de “folletinistas” y, de vez en cuando, como huérfanos sobrevivientes de un furor cuantitativo desproporcionado, uno que otro novelista de calidad.

Faltan decenas de nombres importantes de nuestra literatura. Silva Castro se muestra con escasa cultura idiomática y retórica, y no es difícil computarle puñados de palos de ciego en ambas disciplinas.

Celebramos el trabajo y la posible buena intención, pero lamentamos francamente los resultados. Este infolio es de aquellos que nos desprestigian en el extranjero, donde más de un simple puede sentirse impresionado por el hecho de ser el señor Silva Castro “Académico de la Lengua, Correspondiente de la Academia Española”.